

la axiología la axiología y la educación y la educación

***Bogdan Piotrowski**

Es bien sabido que en los procesos educativos y en la construcción de toda teoría de la educación, resulta indispensable acudir, además de la pedagogía, a otras ciencias, como la psicología, la sociología, la axiología o la filosofía, que ayudan a centrarse en el conocimiento sobre el hombre. En estas búsquedas, es especialmente útil la filosofía, puesto que, hasta ahora, ninguna teoría educativa ha formulado su propia concepción general del hombre, con base en la cual podría explicar sus planteamientos. Solamente la antropología filosófica logra facilitar una adecuada comprensión de la estructura óptica del hombre y permite elaborar la necesaria organización de los procesos educativos.

Pero, hay que señalar que existen muchas y grandes dificultades en la visión de la educación, si tenemos en cuenta la pluralidad cultural de nuestra sociedad y, por ende, diferentes sistemas de valores. En el siglo XX era notoria la influencia de distintos sistemas

socio-políticos sobre las políticas educativas en los países, bloques de países o continentes enteros y, en consecuencia la frecuente ideologización de la educación. De allí viene la pregunta ¿cómo compartir los intereses de la axiología multicultural y, especialmente, los distintos marcos axiológicos, en la educación?

El presente trabajo aspira a promover el ideal de la educación en el que el hombre, cuestionándose sobre la realización de su vida, se abre al mundo, se apoya permanentemente en su moral y en su propia jerarquía de los valores¹, y de este modo logra consolidar su camino hacia la afirmación de la plenitud humana.

CIENCIAS HUMANAS

El nombre de ciencias humanas se debe a que todas tratan de algún modo sobre el hombre, o, más concretamente, sobre lo que es esencial y propio del hombre y a través de

* Doctor en Ciencias Humanas, Universidad de Varsovia.
Profesor Titular de la Universidad de La Sabana



lo cual se manifiesta la humanidad. Por esta razón, las ciencias humanas tratan sobre el sentido de la vida y la existencia del hombre, en sus diferentes manifestaciones y formas. Precisamente, las ciencias humanas nos permiten conocer el mundo de los valores², porque el hombre, abierto a la realidad en que vive, está en permanente contacto con los valores, los compara, escoge sus opciones, indaga acerca de su funcionamiento en relación con la finalidad de las acciones que realiza o aspira a emprender. No obstante, hay que aclarar aquí que en este tipo de ciencias, el mundo de los valores se nos revela a través de sus relaciones y no, como en la axiología, en sus aspectos existenciales, sus modos de ser. En las ciencias humanas, el objeto de estudio es el mundo de la cultura que creó el hombre, en sus manifestaciones espirituales y materiales, por intermedio de sus acciones y sus actos, a través de sus productos e instituciones, en sus procesos, logros artísticos o estéticos, pero también en su recepción.

El mundo de los valores en las ciencias humanas está marcado por la existencia histórica del hombre, al mismo tiempo, tanto por los resultados de su propia actividad cultural, cuanto por la tradición heredada de sus antepasados. Y, sin embargo, en su esfuerzo creativo, el hombre acude a ciertas reglas, a unas normas, que reflejan ciertos valores reconocidos por él mismo. Mas, al estudiar los fenómenos en las ciencias humanas, nos damos cuenta de que los valores existen independientemente del hombre, que se despliegan en toda su objetividad, con su propia jerarquía y sus relaciones mutuas.

Vemos, entonces, claramente que el objeto de estudio de las ciencias humanas depende

del análisis axiológico, se basa en el vínculo de la realidad humanista con el mundo de los valores. Se revela su interdependencia, y el conocimiento específico de una disciplina científica humanística está acompañado en sus labores investigativas por una apreciación axiológica. Esta constante referencia puede tener diferente intensidad o gradación. Si admitimos que una disciplina acude a la teoría de los valores (puede ser la teoría general o la específica para la ciencia en concreto), reconocemos también la misma necesidad de apoyo en las estructuras del conocimiento primario que ofrecen, por ejemplo, la ontología, la epistemología o la filosofía del hombre. La necesidad de la superposición de las diferentes ciencias en los estudios humanísticos o, si se prefiere, la necesidad de la interdisciplinariedad, parece ser inevitable y enriquecedora, aunque su participación varíe. Así, entonces, la pedagogía de corte humanista, desde sus fundamentos teóricos, va a relacionarse con la axiología moral (una axiología específica); ésta, a su vez, es abarcada por la axiología general que, desde luego, puede reflejar las ideas de la antropología, filosofía y de otras ciencias filosóficas.

El vínculo entre las ciencias humanas y la axiología puede proyectarse en su objeto de estudio en cuanto a las relaciones de objeto, pero también en sus contenidos, puesto que las primeras pueden implicar ciertas aseveraciones en la segunda o al revés, aunque también ambas pueden compartir las apreciaciones comunes. Desde luego, los valores de la misma naturaleza pueden ser estudiados en diferentes disciplinas científicas. Por ejemplo, los valores estéticos, que están muy presentes en la axiología, son de interés fundamental para la estética, y simultáneamente pueden

ser materia de análisis para la filosofía del arte, la filosofía de la cultura, la teoría y crítica del arte, la historia del arte, la historia de la cultura, la teoría y crítica de la música, la teoría, historia y crítica de la literatura y muchas otras.

También es cierto que una ciencia humana puede incluir varias axiologías específicas. Así, por ejemplo, en la pedagogía, indudablemente, existen los vínculos con la axiología moral, pero también están presentes los aportes de la axiología general o la axiología estética. Su intensidad en los estudios sobre la educación puede variar. La posición, de cierto modo, privilegiada de los valores morales en los procesos educativos, está relacionada con sus aspectos teóricos, normativos y aplicados, porque únicamente su fusión permanente logra llegar a la formación de la personalidad del hombre. De esta manera, también la teoría de la educación puede mantener el carácter científico de sus investigaciones.

LA AXIOLOGÍA Y EL TELOS EDUCATIVO

¿Cómo relacionar los objetivos, los contenidos y los métodos de la educación con los valores? El análisis axiológico resulta sumamente edificante en la reflexión pedagógica y contribuye eficazmente a la construcción de un programa educativo.

Es necesario, a este término, hacer unas observaciones, aunque sean someras, sobre la evolución del telos educativo y la concepción de los valores. Podemos distinguir tres grandes tendencias que representan distinto tipo de relación entre los objetivos de la educación y los valores.

Su vínculo está presente ya en la tendencia llamada como la tradicional, e iniciada en el pensamiento renacentista, cuando se trató de separar los contenidos formativos de la metafísica medieval y apoyarlos en los perennes valores humanos y los valores culturales universales, transmitidos a través de la tradición. Esta visión se intensificó aún más en la época de la Ilustración y los pensadores, como Rolland o La Chalotais, aspirando a la transformación social y de las condiciones nacionales, destacaban los problemas educativos y morales del individuo y de la comunidad. Se subrayaba que la importancia de los ideales históricos y los valores ciudadanos eran considerados como los más relevantes. Su formación se aspiraba a realizar a través de la nueva organización de la educación que garantizaba el acceso a todas las capas sociales. Parece que también en esta tendencia se pueden ubicar las teorías de la pedagogía de la cultura, que al inicio del siglo XX proponían autores como Sergio Hessen y Georg Kerschensteiner. La cultura, en sus diferentes manifestaciones, como el arte, la ciencia, la religión, la lengua, hace que el hombre participe activamente en su comprensión y su creación. El mundo supraindividual de los valores, constantemente, influye sobre la vivencia de cada persona y, por ende, la actividad formativa consiste en acercar al hombre a la realidad cultural. En este sentido, la pedagogía puede ser interpretada como la ciencia de la aplicación de los valores culturales. Kerschensteiner apuntó: “La formación es la apreciación del valor, organizada individualmente, despertada por los bienes culturales, en su extensión y su profundidad, que varía según el individuo”³. De este modo, podemos decir que “el sentido de los valores”, desplegado en la conciencia, se



basa en los valores espirituales; inclina a la persona a escoger y practicar con esmero los valores de acuerdo con los objetivos de su acción. Si disminuye la preocupación por los bienes culturales, decae también la intensidad del cultivo de los valores.

A las tendencias cimentadas en la cultura, se oponen las tendencias naturalistas, otra gran corriente en la visión educativa, que abarca distintas posiciones que dependen del diferente sentido de naturaleza que se introduce en la teoría educativa. Desde luego, es distinto el concepto de naturaleza común a todos los hombres al concepto de la naturaleza individual; además, hay otro concepto, cuando pensamos que el “destino” determina la vida de los individuos. Naturalmente, en estos tres grupos se presentan igualmente otras interpretaciones, aunque todas proyectan la concepción de los valores y los esfuerzos educativos de acuerdo con la naturaleza del pupilo. El objetivo de la formación depende de la estructura mental del educando. Los representantes de estas tendencias, como Comenio, Locke, Rousseau o Claparède, buscan los objetivos de la educación en el hombre mismo, producto de la naturaleza libre de las presiones sociales o de la civilización. En la posición naturalista, se insiste en las potencialidades que yacen en el hombre. En este grupo podrían caer igualmente las tendencias pedagógicas marxistas o materialistas, que sostienen que la teleología de la educación debe dar la respuesta al hombre a través de los ideales sociales. Naturalmente, los objetivos de la educación dependen, en su análisis, de la concepción axiológica que se pretenda promover a través de un modelo, donde el hombre está concebido como el creador de sí mismo y al

mismo tiempo de su conciencia y su personalidad, al igual de su realidad social y cultural. Se afirma el proceso formativo, de acuerdo con la idea de la autocreación.

La tercera gran corriente en los sistemas de educación es la religiosa o metafísica, y está relacionada con muchos representantes de la educación cristiana. Tal vez, en el siglo XX, la figura cuyo pensamiento pedagógico más irradió fue Federico W. Foerster, quien, si al principio sugería separar la ética de la metafísica y de la religión, al conocer la educación religiosa, estaba convencido de que únicamente la educación cristiana crea las posibilidades de la renovación moral, cultural y social de la humanidad. El ideal universal de la educación debe depender del desarrollo espiritual del hombre, comprometido en los valores religiosos que facilitan la armonización entre las necesidades individuales y las sociales, para superar las debilidades del hombre. La posición de Foerster se centra en el reconocimiento de los valores religiosos y morales, pero, al mismo tiempo, postula el conocimiento axiológico en todo proceso educativo. El educando tiene que comprender los valores y su importancia en su propia vida, identificarse con ellos para poder emprender el camino que quiere realizar. Así, la concepción de los valores marca la interdependencia entre los objetivos y los contenidos de la educación. En esta corriente podrían caer igualmente las teorías de la educación personalizada e integral que enfatizan las virtudes humanas, en el significado de los valores morales.

En este breve repaso histórico de los sistemas educativos, percibimos el creciente interés por la relación de los contenidos y los méto-

dos con la axiología, especialmente claro en el siglo XX, aunque las posiciones educativas y las concepciones axiológicas pueden variar notablemente. Estas circunstancias se explican merced a la evolución de la axiología y de la antropología, y tanto por el desarrollo de las disciplinas educativas y de la pedagogía misma, cuanto por el desarrollo de las ciencias humanas y su participación en la interdisciplinariedad. Por esta razón, es justificada la necesidad de emprender la labor teórica sobre los fundamentos antropológico-axiológicos en los procesos educativos que contribuyan al desarrollo de la persona y de la sociedad.

HACIA UNA AXIOLOGÍA EDUCATIVA

Hemos observado, en las apreciaciones anteriores, el estrecho y mutuo vínculo entre las teorías pedagógicas y la axiología, lo cual hace pensar en la necesidad de distinguir la axiología educativa como una disciplina científica. Las razones para formular este postulado son, por lo menos, de triple justificación y derivan de los múltiples nexos en las ciencias humanas.

Tanto en la pedagogía, cuanto en la axiología, los valores constituyen el objeto de su análisis, aunque cada una de estas ciencias proyecte diferentes enfoques y aprecie distintos aspectos. Sin embargo, la educación tiene que referirse permanentemente a los resultados investigativos de la axiología, especialmente a los valores morales y humanos, y podemos decir, sin ninguna exageración, que únicamente con el concurso de esta última, se puede constituir una estructura con fundamentos sólidos e indispensables para la educación y para

poder responder adecuadamente a una visión antropológica humanista.

Otro factor decisivo que percibimos en la justificación de la necesidad constituyente de la axiología educativa se refiere a los contenidos. Los valores deben estar incluidos tanto en el proceso de la formación del hombre, como en toda situación educativa. Su selección debe responder a la apertura del hombre a la realidad en que vive para, de este modo, ayudarlo a afrontar los conflictos y dificultades que tendrá que superar. La problemática axiológico-educativa aseguraría el conocimiento de la naturaleza de los valores.

También, y éste es el tercer factor, las funciones formativas y las autoformativas que desempeñan los educadores y los educandos exigen en su práctica permanente una concepción clara de la axiología y, desde luego, tienen vínculos estrechos con las otras dos en la formación del hombre, razones que justifican el postulado. El programa educativo, de esta manera, justificará la visión óptica de los valores, las relaciones y las interactuaciones entre ellos y, especialmente, la necesidad de su aprehensión y su vivencia por cada persona como el sujeto y el que realiza los valores.

En síntesis, percibimos que en la axiología educativa se concibe la presencia dinámica de los conocimientos sobre la naturaleza del hombre, la substancia de los valores y la esencia de la educación, que corresponden respectivamente a las tres disciplinas científicas: la antropología, la axiología y la pedagogía. El estrecho entrelazamiento entre las tres puede constituir un firme punto de partida en la formación del hombre, y los resultados



de su camino ya dependen de cada persona y de los retos que ella asuma. El conocimiento puede orientarse hacia estos últimos, pero sus exploraciones son realizables de acuerdo con la voluntad y el ejercicio de la libertad de la persona.

LOS VALORES EN EL PROCESO EDUCATIVO

Para esclarecer la visión de la axiología educativa, es necesario hacer una presentación de un concepto tan básico en la formación del hombre, como es el proceso educativo. A través de éste, proyectaron sus visiones varias teorías pedagógicas muy valiosas que, en ocasiones, lo interpretaban como su objeto de investigación; se pueden integrar los diferentes aspectos también en la interpretación axiológica de la educación. En el sentido axiológico, el proceso educativo se hace real cuando en los actos del educando y del educador obra insistentemente la visión filosófica del hombre y, de manera constante, los asiste la teoría de los valores. Su concurso es eficaz si ambas logran una compenetración íntima y actúan en permanente unión y con el propósito común de afirmar al hombre. Así, la reflexión pedagógica se vuelve más profunda y su objetivo se relaciona con la virtud de realizar el bien con alegría, como lo proponía el eudemonismo.

Cuando preguntamos: ¿qué cambia en el hombre durante el proceso educativo?, las respuestas pueden variar. Tradicionalmente, la pedagogía contestaba indicando la personalidad del educando, o su vida psíquica, o los rasgos psicológicos o de temperamento; también se encuentran las respuestas que centran su interés en el comportamiento del

hombre en la sociedad. La axiología educativa, acudiendo a la reflexión filosófico-antropológica, insiste en la importancia de la unicidad de la persona, en cuanto el ser espiritual y corporal en todas sus dimensiones, lo cual se refleja en sus acciones y en los objetivos que se propone. Por estas razones, dentro de las consideraciones estarán presentes los diferentes grados de la vida (vegetativa, sensitiva e intelectual), pero, además de la naturaleza del hombre, hay que indagar por el mundo en que vive y el que crea.

No es posible hablar del hombre sin recurrir a sus relaciones con otros hombres y al mundo de los valores. Tienen razón los que insisten en que es la actitud del hombre y el orden en el mundo lo que subordina de forma inequívoca la categoría del ente y de la vida a la categoría de persona, y considera a esta última como la categoría decisiva. Los valores dependen de distinto modo del estado óntico de los seres. No obstante, vale la pena subrayar, como lo hace Adam Rodzinski que: "Entre los valores dignos de ser vividos, hay también algunos por los cuales es legítimo perder la vida"⁴. Los valores vitales, religiosos, morales, científicos, estéticos, políticos, cívicos, sociales, económicos, etc., son autónomos a su manera; sin embargo, únicamente alcanzan su verdadera dimensión si se establece su relación con la persona. Desde luego, para los creyentes, la referencia a la persona humana tiene su remisión universal al Absoluto.

Así, entonces, vemos que en el proceso educativo tiene que intervenir permanentemente la concepción filosófica del hombre y el conocimiento axiológico. "Es elemento que permanece de forma duradera en la realidad

que nos rodea y posee una estructura óptica, de la misma manera como todas las demás dependencias y relaciones que unen a los hombres”⁵. Si es cierto que el proceso educativo puede constituir el objeto de estudio de la sociología o la filosofía social, o de la psicología, al mismo tiempo, es de interés esencial para la pedagogía. En sus investigaciones, las visiones antropológica y axiológica deben ocupar conjuntamente un lugar primordial, lo cual no ocurría hasta ahora.

Tiene que ser sustancial en la pedagogía establecer en ella y en todas las acciones formativas, la primacía de los valores, su jerarquía y particularidades, para aclarar su participación en la educación, en general, y en el proceso educativo de cada individuo. Al entender adecuadamente la estructura y el funcionamiento de los valores, resultará más realizable su práctica. Finalmente, estaremos de acuerdo en que nos interesa contribuir al desarrollo integral de la plenitud de la persona y preparar a cada educando para el mejor desempeño en la sociedad.

UNA APROXIMACIÓN AXIOLÓGICA A LA SITUACIÓN EDUCATIVA

El proceso educativo es posible gracias a una sucesión de las situaciones educativas que se realizan en condiciones y circunstancias concretas. La historicidad y la realidad de los elementos que constituyen la situación educativa influyen de forma directa sobre el educando. Podemos reconocer que todos los hechos ocurridos implican las interpretaciones axiológicas, conscientizadas o no, manifiestas o tácitas; pero siempre ejercen su innegable influencia sobre la persona que actúa y los espectadores.

En la situación educativa, no tiene que haber siempre objetivos formativos planeados con anterioridad. Las situaciones educativas programadas son simplemente unas de las muchas situaciones educativas. La realidad de la vida del hombre, en sus manifestaciones cotidianas, festivas o excepcionales, constituye su verdadera escuela, aunque no tenga nada que ver con la educación formal. Recordemos aquí los aportes tan significativos que fueron resultado de las investigaciones acerca de la escuela paralela. En este contexto, resulta convincente aceptar la idea de que los juicios se extienden hasta cuando el hombre no es testigo de los acontecimientos, sino simplemente tiene la noticia de ellos. Su aprobación o rechazo contribuye a la consolidación de las actividades educativas porque, al elegir, al asumir una posición consciente ante la realidad vivida, se realiza una situación educativa.

Si se reconoce que el hombre juzga según la jerarquía individual de los valores, que él mismo establece, para que este juicio sea adecuado, lo más apropiado posible, además de conocer el hecho y su contexto, es imprescindible disponer del conocimiento axiológico. Hay que hacer también, a este término, la siguiente observación: la apreciación individual no tiene por qué oponerse al conocimiento científico de los valores, ni a la realidad de su vivencia; todo lo contrario, en uso de la razón y en ejercicio de la libertad, es comprensible su concurso en la formación y el crecimiento de la persona. En consecuencia, parece ser ineludible admitir la necesidad de la educación en los valores y, como lo hemos sugerido en páginas anteriores, la axiología tiene que ser transmitida en estrecha relación con la enseñanza de la antropología filosófica.



En la situación educativa formal, el educador puede aprovechar los conocimientos pedagógicos para disponer mejor la práctica educativa. Hoy se reconoce que los procedimientos educativos similares en otras situaciones educativas pueden conducir a distintos logros. Este resultado puede ser explicado no solamente por las diferencias entre los educandos, sino también frente a la misma persona. Desde luego, las diferencias se manifiestan igualmente en los cambios del mismo educador o en las alteraciones de la situación educativa. La comprensión de cada particularidad y de cada complejidad del acontecer formativo es esencial. La selección de los contenidos y de los métodos de la enseñanza decide del éxito de la realización de la situación educativa y; naturalmente, influye sobre el conjunto del proceso educativo. Pero también, la situación educativa, como elemento integral de este último, está permanentemente alimentada por éste.

Finalmente, se puede constatar que la eficacia del arte de educar queda supeditada a la armonía de las relaciones entre las concretas situaciones y el conjunto del proceso educativo que logran establecer el educador y el educando, quienes son tanto mejores cuanto más coincidencia de propósitos e intereses los una. Esta concordancia se remite a la similar pirámide de los valores, vivenciada en las acciones realizadas conjuntamente.

LOS VALORES EN LA AUTOFORMACIÓN

El hombre forja su personalidad a lo largo de su vida, y para lograrlo busca al principio la orientación de los demás. En la infancia, acude al colegio, y los maestros le ayudan a

realizarse. Luego, en la medida en que crece su autonomía y su madurez, permanentemente indaga la respuesta a la pregunta: ¿cómo alcanzarlo? Se forma. Se autoforma. En las investigaciones pedagógicas, si se tuvo en cuenta este tema, parece que no fue suficientemente estudiado. Y es uno de los más relevantes, sobre todo si admitimos que la autoformación está presente en toda situación y en todo proceso educativo, cuando los concientiza el educando. Se puede apreciar mejor la importancia de esta idea si se reconoce la participación activa en la educación.

Es obvio que el concepto de autoformación cambia, si lo referimos a la situación en la cual alguien ejerce sus acciones sobre sí mismo o está acompañado por un maestro. De todas maneras en ambas circunstancias el educando va creando su propia escala de valores, se rige de acuerdo con ella y según ella mide sus logros y concibe sus metas. Éste es el camino para realizar sus propios ideales en la vida. Y únicamente así, se alcanza a desarrollar la personalidad, la riqueza interior. La verdadera identidad del hombre se establece cuando éste asume todos sus actos como propios y, hasta si resultan erróneos, los reconoce como una valiosa experiencia personal para su futuro y es motivo para seguir creciendo, de acuerdo con lo que manifestó un filósofo: “La elección puede ser acertada o desacertada, porque podemos elegir bien, y mejorar nuestra condición, o mal, y equivocarnos respecto de lo que nos conviene”⁶. Al aceptar su acto, el hombre se reconoce. Esta apertura entre el ser y la realidad en que existe se da únicamente al hombre libre. Su “yo” está plenamente consciente y responsable de su acción, como lo afirmaba Roman Ingarden⁷, cuando señalaba las funciones del

centro dispositivo en el comportamiento humano. Hablando en términos antropológicos, podemos constatar que la autoformación se da cuando el hombre ejerce su libertad⁸, puesto que coincide en ella el ejercicio simultáneo de la voluntad y de la razón, que ya no quedan como meras ideas, sino que están llevadas a la praxis. Se ve muy claramente el papel del sistema axiológico en las decisiones y la acción de la persona y su desarrollo. Ya lo dijo magistralmente Alfonso López Quintás, hace unos años: “La libertad no consiste en romper vínculos, sino en establecer los lazos que nos unen umbilicalmente a los grandes valores que plenifican al ser humano”⁹.

Hasta ahora, la pedagogía se concentraba en analizar las estructuras y los mecanismos, los métodos y las técnicas de la acción educativa. Ahora sabemos que, para entender profundamente el proceso educativo, hay que relacionarlo con la concepción antropológica y el enfoque axiológico. La esencia de la educación yace en los fundamentos ónticos sobre los cuales hay que construir toda acción formativa.

El hombre dispone de la capacidad de la reflexión y, desde luego, de la capacidad de la autorreflexión. Al pensar sobre sí mismo y evaluar críticamente sus actos, se crea la posibilidad de autocorregirse y, por ende, de aplicar el código axiológico en el comportamiento.

El educador jamás debería hacer exigencias en nombre propio¹⁰; es más recomendable que represente al mundo objetivo socio-cultural y, siendo un conocedor más experimentado que el educando, pueda tomar la

posición de la persona autorizada para hacer sugerencias, llamar la atención o hasta reclamar. Es válido reiterar que, en todos los aspectos de la educación, la realidad cultural, en el sentido amplio, sí influye sobre el educando, al mismo tiempo ejerce su control y la validez de su juicio, y aunque éste nunca sea declarado, se refleja a través del sistema axiológico vigente.

EL IMPACTO DE LA AXIOLOGÍA EN LA EDUCACIÓN

En todas las labores educativas, resulta muy conveniente la adecuada actitud axiológica que demuestre el aprecio al hecho de que toda gestión humana, en su fin teleológico, es la realización de algún valor o valores. En las circunstancias de crisis que atraviesa el mundo actualmente, no sobra insistir en que el hombre siempre es el sujeto de todos los valores. Por esta razón, reconociendo la complejidad de las múltiples dependencias que suceden entre los valores, sus interacciones dentro de la red axiológica, hay que aceptar la primacía de la persona. Para la pedagogía son legítimas las preguntas: ¿en qué medida y de qué modo los valores corresponden al hombre? ¿Qué papel deben desempeñar los valores en la formación?

En la educación, un puesto privilegiado está reservado a los valores morales que, de forma decisiva, contribuyen a la formación de la personalidad. En la interpretación axiológica, se observa que dentro de su unicidad el hombre es portador de los valores, pero su identificación con ellos cambia, según su participación en el comportamiento de la persona. Es distinta la apreciación de los hechos ya cumplidos, o solamente intenta-



dos, o apenas planeados; es también diferente, cuando son aspiraciones, intenciones, propósitos o deliberaciones. Su nivel de realización o de potencialidad de la realización es variable. No obstante, hay una gran brecha entre el comportamiento y la vida interior. En consecuencia, hay que conservar estas distancias en la calificación de los valores morales. Se puede adoptar una actitud similar para ejercer los juicios sobre los valores personales.

Mas, viene el cuestionamiento: ¿cuál valor debemos reconocer como el más significativo para la pedagogía? Captar la jerarquía de los valores para el ejercicio del quehacer educativo no es nada fácil, pero resulta sumamente decisivo. Mucha razón tienen los pedagogos quienes insisten en la primacía de los valores morales, porque median en el hombre de forma duradera. También es cierto que los valores humanos o personales descubiertos por el educador pueden ser de gran eficacia para apoyar el desarrollo de la persona e incentivar la orientación hacia su plenitud. La apropiada labor educativa siempre va a respetar la libertad del educando, le aclarará las dimensiones de la libertad, le facilitará su aprehensión y, sobre todo, le garantizará el encontrarse a sí mismo, el conocerse. Su personalidad podrá asumir los retos que tendrá que afrontar en sus diferentes etapas de la vida, reconociendo su condición humana con todas sus limitaciones y cualidades.

La libertad del hombre permite cultivar la autoestima sin negar la igualdad de la dignidad de otras personas. Influye en la búsqueda de la verdad. Asiste al cultivo del amor. Ayuda a solucionar los conflictos internos y

a superar obstáculos externos. Favorece el crecimiento de la sensibilidad social. Contribuye a mantener el equilibrio entre lo espiritual y lo corpóreo. Promueve la apertura hacia la realidad vivida. Afirma la unicidad, dentro de la complejidad, de la persona. Precisamente, la formación en libertad exige una activa participación en el acontecer histórico, su seguimiento y la aclaración de los hechos concretos de la realidad objetiva. No basta acercar el conocimiento al educando; es menester llevarlo a la práctica.

Si la transmisión del conocimiento axiológico es imprescindible en la formación, es igualmente preciso el contacto directo con los valores y su vivencia. Es universalmente reconocido que el ejemplo vivido es mucho más edificante que las palabras. La huella que deja y su repercusión son aceptadas con mayor convencimiento. Ahora bien, el proceso educativo, que siempre es dinámico, naturalmente permite percibir cambios que modifican la pertinencia de los valores, de acuerdo con los intereses del educando en un momento dado. Sin embargo, esto no significa que sus aparentes auges o decaimientos circunstanciales tengan que cambiar la objetiva construcción jerárquica que ha establecido el individuo. La presencia del maestro en la formación del educando, además de su buen ejemplo¹¹, tiene que ser amistosa en todo momento, hasta cuando no comparte las decisiones tomadas, y reconocer la participación comprometida de su discípulo.

APUNTES FINALES

La crisis de los valores, de la cual se quejan tanto y unánimemente todas las sociedades contemporáneas, causó una reacción que

reclama una acción educativa que se fundamente en ellos y los promueva con un impulso verdaderamente vital. La axiología, como ciencia, se consolidó a lo largo del siglo XX, pero ya se percibe su proyección en muchas disciplinas y se perfila, además, en cuanto un eje interdisciplinario del futuro. La visión global de la axiología, junto con la antropología, permite divisar nuevos hori-

zontes, también o, preferentemente, de modo muy especial, para las ciencias de la pedagogía. Parece que la axiología educativa puede responder a estas nuevas expectativas del hombre contemporáneo. No obstante, si ya hay algunos trabajos en este campo, queda mucho por investigar para poder consolidarla. El presente trabajo aspira a contribuir con un grano de arena en su construcción.

Bibliografía

- Arango Restrepo, Pablo *El valor de los valores*, Universidad de La Sabana, Santa Fe de Bogotá, 1998.
- Arizmendi Posada, Octavio *Universidad y valores*, Universidad de La Sabana, Santa Fe de Bogotá, 1992.
- Barco, Luis del *Ética para la libertad*, CajaSur, Córdoba, 1998.
- Cichon, Władysław *Wartości, człowiek, wychowanie (Valores, hombre, educación)*, Wydawnictwo Uniwersytetu Jagiellońskiego, Kraków, 1996.
- González-Simancas, José Luis *Claves en la formación de profesores en Educación y educadores*, Universidad de La Sabana, Vol. 1, año 1997.
- Ingarden, Roman *Książeczka o człowieku (El librito sobre el hombre)*, Kraków, 1972.
- Kerschensteiner, Georg: *Theorie der Bildung (Teoría de la educación)*, Leipzig, Berlin, 1926.
- Krapiec, Mieczysław *Ludzka wolność i jej granice (La libertad humana y sus límites)*, Gutenberg-Print, Warszawa, 1997.
- Llano, Alejandro *El futuro de la libertad*, EUNSA, Pamplona, 1985.
- López Quintás, Alfonso *El encuentro y la plenitud de la vida espiritual*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 1990.
- López Quintás, Alfonso *Para comprender la experiencia estética y su poder formativo*, EVD, Estella, 1991.
- López Quintás, Alfonso *La cultura y el sentido de la vida*, PPC, Madrid, 1993.
- Polo, Leonardo *Quién es el hombre*, RIALP, Madrid, 1991.
- Polo, Leonardo *Presente y futuro del hombre*, RIALP, Madrid, 1993.
- Rodzinski, Adam *Osoba, moralność, kultura (Persona, moral, cultura)*, RW KUL, Lublin, 1989.
- Suchodolski, B. (ed.) *Pedagogia (Pedagogía)*, Warszawa, 1989.
- Tamés, María Adela *Educación y valores*, Universidad de La Sabana, Santa Fe de Bogotá, 1991.
- Tamés, María Adela *El desarrollo humano*, Universidad de La Sabana, Santa Fe de Bogotá, 1992.
- Wójtyła, Karol *Osoba i czyn (Persona y acto)*, Towarzystwo Naukowe KUL, Lublin, 1985; edición española *Persona y acción (traducción del inglés por Jesús Fernández Zulaica)*, Madrid, 1982.
- Wójtyła, Karol *Miłość i odpowiedzialność (Amor y responsabilidad)*, Towarzystwo Naukowe KUL, Lublin, 1985; edición española *Amor y responsabilidad (traducción del francés por Juan Antonio Segarra, S.J.)*, Editorial Razón y Fe, Madrid, 1978.
- Yepes Stork, Ricardo *Fundamentos de antropología*, EUNSA, Pamplona, 1996.



- 1 En realidad, tanto la ética, como la axiología son siempre compartidas, son sociales y socializadas, puesto que tienen sus raíces en la realidad sociocultural, en el cuestionamiento filosófico del hombre y en la tradición cultural. Clara luz en este aspecto nos da Karol Wójtyla en sus tratados: *Osoba i czyn* (Persona y acto), Towarzystwo Naukowe KUL, Lublin, 1985; edición española *Persona y acción* (traducción del inglés por Jesús Fernández Zulaica), Madrid, 1982; y en *Milosc i odpowiedzialnosc* (Amor y responsabilidad), Towarzystwo Naukowe KUL, Lublin, 1985; edición española *Amor y responsabilidad*, (traducción del francés por Juan Antonio Segarra, S.J.), Editorial Razón y Fe, Madrid, 1978.
- 2 Como valor reconocemos, en una aproximación muy general, todo lo que es verdadero, fidedigno, apreciado por su bien, digno de deseo o constituye objeto del deber. En nuestras consideraciones nos vamos a referir a los valores tanto de orden material, cuanto a los de esfera espiritual. Aunque, en la educación, estos últimos se manifiestan tradicionalmente con mayor frecuencia y muchas veces se destacan más, queremos resaltar que en la concepción integral de la educación, de acuerdo con la naturaleza del hombre, los valores materiales no pueden ser relegados, sino analizados y escrutados en su concepción corporal e instrumental.
- 3 Kerschensteiner, Georg: *Theorie der Bildung* (Teoría de la educación), Leipzig, Berlin, 1926, ps. 17-18. La versión original es la siguiente: "Bildung ist ein durch die Kulturgüter geweckter, individuell organisierter Wertsinn von individuell möglicher Weite und Tiefe".
- 4 Rodzinski, Adam *Osoba, moralnosc, kultura* (Persona, moral, cultura), RW KUL, Lublin, 1989, p. 35
- 5 Cichon, Wladyslaw *Wartosci, czlowiek, wychowanie* (Valores, hombre, educación), Wydawnictwo Uniwersytetu Jagiellonskiego, Kraków, 1996, p. 114.
- 6 Yepes Stork, Ricardo *Fundamentos de antropología*, EUNSA, Pamplona, 1996, p. 169.
- 7 Ingarden, Roman *Ksiazeczka o czlowieku* (El librito sobre el hombre), Kraków, 1972, ps. 90-99.
- 8 El concepto de libertad varía, según el enfoque desarrollado por los diferentes autores. En nuestro estudio hemos consultado las propuestas de los siguientes autores: Krapiec, Mieczyslaw *Ludzka wolnosc i jej granice* (La libertad humana y sus límites), Gutenberg-Print, Warszawa, 1997; Yepes Stork, Ricardo *Fundamentos de antropología*, EUNSA, Pamplona, 1996; Polo, Leonardo *Quién es el hombre*, RIALP, Madrid, 1991; *Presente y futuro del hombre*, RIALP, Madrid, 1993; Barco, Luis *del Etica para la libertad*, CajaSur, Córdoba, 1998, Llano, Alejandro *El futuro de la libertad*, EUNSA, Pamplona, 1985.
- 9 López Quintás, Alfonso *El encuentro y la plenitud de la vida espiritual*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 1990, p. 235.
- 10 Esta sugerencia fue tomada del connotado pedagogo polonés B. Suchodolski, expuesta en *Ogólne zasady wychowania* (Principios generales de la educación) en: Suchodolski, B. (ed.) *Pedagogia* (Pedagogía), Warszawa, 1989.
- 11 Conf. González-Simancas, José Luis *Claves en la formación de profesores en Educación y educadores*, Universidad de La Sabana, Vol. 1, año 1997, ps. 25-27.